

CASQUETE, Jesús, *El culto a los mártires nazis. Alemania, 1920-1939*, Alianza Editorial, Madrid, 2020, 379 pp.

El libro *El culto a los mártires nazis*, que acaba de publicar Jesús Casquete, se inserta en la corriente inaugurada en su momento por autores como George Mosse y Emilio Gentile y transitada por el propio Casquete en 2017 en otro libro magnífico: *Nazis a pie de calle* (Alianza Editorial). Una y otra obra muestran el dominio del autor sobre la historia del nacionalsocialismo alemán, estudiado entonces a partir de las formas de movilización y encuadramiento practicadas por las SA durante la República de Weimar y ahora al trasluz de algunos de los grandes mitos totalitarios, como son el hombre nuevo y los ritos tributados al caído. *El culto a los mártires nazis* se estructura, tras una breve Introducción, en tres grandes apartados, titulados (I) «Totalitarismos y hombre nuevo», (II) «“Un puño sano y amor a la patria en el corazón”: Las tropas de asalto nazis» y (III) «El troquel martirial nazi». Tras este último apartado —tal vez el más novedoso, si bien con un enunciado mejorable—, se incluyen unas conclusiones en las que se replantean las principales ideas-fuerza del libro y se apunta la conexión entre algunos elementos de la cultura totalitaria de entreguerras y los populismos del siglo XXI, en particular la práctica de eso que Casquete llama «la cultura de la sinécdoque»: «El pueblo quiere esto. El pueblo está *harto* de compromisos», etc. (cit. p. 330). El paralelismo se puede llevar relativamente lejos. Pensemos en la analogía entre las *fake news* y la «técnica hitleriana de la mentira tosca», en frase de Theodor Adorno recordada por Casquete (p. 63). No era este, en todo caso, el lugar para desarrollar una cuestión que, con buen criterio del autor, queda simplemente enunciada al final de las conclusiones.

La obra, fruto de una notable erudición, ofrece una interpretación ambiciosa de un fenómeno que no parecía tener ya mucho recorrido tras los magníficos trabajos de Mosse. Esa capacidad de renovación que tiene acreditada Casquete y que pone una vez más de manifiesto en este libro se basa en una fórmula siempre eficaz: una mezcla de duro trabajo de archivo y de rigor y originalidad en la investigación. Pocos historiadores españoles alcanzan su dominio de las fuentes alemanas de aquella época, su familiaridad con la literatura especializada y su conocimiento directo de escenarios —ciertos barrios berlineses, por ejemplo— que resultaron cruciales en las grandes batallas sociales y políticas a las que se refiere su libro. El lector agradece esa mirada de cerca sobre lugares y personajes capaz de crear una ilusión de vivencia directa y de reproducir sentimientos, emociones y ambientes que podrían resultarnos muy lejanos y, por tanto, difícilmente comprensibles. Esta forma de contar las cosas parece especialmente adecuada cuando se trata de comprender, como dice él mismo, las «condiciones inmateriales de la historia», es decir, aquello que trasciende la parte objetivable del pasado y nos remite a un mundo imaginario, una especie de realidad invertida construida a partir de mentiras y mitos.

El del camarada caído, según el enfoque de Casquete, incide más en el culto a los protomártires del nazismo, con Horst Wessel como principal paradigma, que en el tema de los caídos en la Gran Guerra, al que George Mosse dedicó en su día un libro seminal. Es un fenómeno esencial, extensible a otros totalitarismos —probablemente a todos—, pero que en el nazismo adquirió una importancia incomparable debido a tradiciones culturales ligadas a las expresiones más delirantes del romanticismo y del irracionalismo alemán, que tanta influencia tuvieron en Hitler. Cabría recordar aquí lo que Albert Speer cuenta en sus memorias sobre su trabajo para el Führer como artífice de sus fantasías arquitectónicas: cada vez que le presentaba un nuevo proyecto, el dibujo que mostraba su plasmación final debía ir acompañado de un esbozo de ese mismo edificio convertido algún día en una hermosa ruina. Es lo que Speer llamaba la «ley de las ruinas», un principio que podría aplicarse también a la relación del nazismo con el ser humano —simple materia prima para un bello camposanto— y que ilustraría a la perfección la necrofilia característica del nacionalsocialismo y de otros totalitarismos de entreguerras. Casquete la define como una «filosofía del desastre productivo», un concepto que ilustra con una cita de Nietzsche —«solo donde hay tumbas hay resurrección»— y que permite explorar el carácter palingenésico del nazismo, que comparte con otros nacionalismos de la época. El morbosos culto a la figura de Horst Wessel, el joven SA muerto en oscuras circunstancias en 1930 y motivo de un profuso ritual conmemorativo, se inscribiría en ese apego a la muerte como un elemento embellecedor de la vida y vínculo esencial del comunitarismo nazi.

El concepto de emócratas/emocracia es un logro notable del autor, que abre un amplio abanico de usos e interpretaciones en el estudio de las emociones políticas manipuladas por medio de la propaganda —la «sensopropaganda», que decía Tchakhotine, un autor que, extrañamente, no aparece citado en el libro—. En la expresión «emócratas» —los «gestores de las emociones», los llama también Casquete— reconocemos intuiciones sugerentes, pero imprecisas, formuladas ya en aquella época por autores como Fernando Pessoa, cuando afirmó que «las sociedades están dirigidas por agitadores de sentimientos, no por agitadores de ideas» (cit. p. 17). No otra cosa se sintió Goebbels como artífice de una política propagandística que tuvo un papel determinante en la subida del nazismo al poder, en la construcción del III Reich como régimen totalitario y en la preparación del pueblo alemán para esa inmolación colectiva que supuso la Segunda Guerra Mundial, defendida como una guerra total por el propio Goebbels, sobre todo tras la batalla de Stalingrado.

La sustitución de la democracia de Weimar por la «emocracia» hitleriana es el hilo conductor del libro, aunque su rastro pueda perderse a veces por el protagonismo que los hechos concretos desempeñan en este gran relato historiográfico de unos años decisivos. Especial importancia tuvieron las emociones fomentadas en torno a una idea de la muerte que procede de la Gran Guerra y de los años fundacionales del nacionalsocialismo. Los «emócratas» del nazismo fueron maestros

consumados en el arte de la mistificación y en la manipulación de acontecimientos y personajes reales, como Horst Wessel, hasta dejarlos irreconocibles. De esta forma, consiguieron fomentar en un pueblo desesperado una pulsión destructiva —y, en el fondo, autodestructiva— que lo condujo a una derrota sin paliativos en 1945. En cierta forma, ese culto a la muerte actuó como una gran profecía autocumplida que, como en los bocetos que Speer presentaba al Führer, dejó a Alemania reducida a un montón de ruinas.

*El culto a los mártires nazis* forma un espléndido díptico histórico con *Nazis a pie de calle*, libro con el que comparte algunas temas, como el protagonismo de las SA, y en el que se esbozan otros que encuentran en estas páginas un amplio y pormenorizado desarrollo. Llama la atención la facilidad del autor para moverse al mismo tiempo en el terreno de la alta erudición y en el de la reflexión teórica y conceptual a partir de un estudio de caso. Sería deseable que un tercer libro, tal vez referido a los años siguientes a la toma del poder por el nazismo, convirtiera en trilogía su valiosa contribución al estudio de uno de los fenómenos más característicos y todavía más enigmáticos de la historia del siglo XX.

*Juan Francisco Fuentes*